



Eucaristía en el Retiro para sacerdotes

En su oración de acción de gracias, Jesús testimonia que ha llegado la hora en que se invierten los valores y la gente sencilla, “los pequeños” según la versión de Lucas (10, 21-22), pasan a ocupar la primera fila de los beneficiarios de Dios. Inspirándose en la tradición profética, Jesús abandona el concepto de “sabios”, que se atribuían a sí mismos los maestros apocalípticos; rompió con la autosuficiencia de los “entendidos”, lo mismo que criticó la de los escribas. Este cambio de los “sabios” por “la gente sencilla” del pueblo, como destinatarios de la revelación de Dios, es una novedad que refleja la identidad profética de Jesús y expresa la intrepidez de los cristianos. Estamos así en el corazón del Evangelio y en el inicio del cumplimiento de las antiguas promesas, conforme al proyecto de Dios.

Otros pasajes ponen de relieve los rasgos que identifican a las personas “sencillas” que llegan a creer, tales como el ciego de nacimiento (18, 35-43), Zaqueo (19,1-10), y la misma gente que aclama a Jesús a su entrada en Jerusalén (19, 29-44). Los sencillos creyentes se caracterizan por su humilde dependencia, su capacidad de escuchar y la amorosa calidad de su acogida.

Los cristianos primeros no se sentían parte de la élite intelectual de Israel. No desean ni se atreven a llamarse sabios; al contrario, se califican a sí mismos como “pequeños”, “sencillos”. San Pablo dirá explícitamente a los discípulos de Corinto: “Fijaos en vuestra asamblea, hermanos: no hay en ella muchos sabios en lo humano, ni muchos poderosos, ni muchos aristócratas; sino que, lo necio del mundo lo ha escogido Dios para humillar a los sabios, y lo débil del mundo lo ha escogido Dios para humillar lo poderoso. Aún más, ha escogido la gente baja del mundo, lo despreciable, lo que no cuenta, para anular a lo que cuenta, de modo que nadie pueda gloriarse en presencia del Señor” (1 Cor 1, 26-29).

Al descubrir la atención de Dios a la gente sencilla, acogen tanto a los económicamente débiles como a los paganos, despreciados en Israel. Así nació una nueva categoría de creyentes; socialmente peor situados, culturalmente menos sabios, pero capacitados para comprender la revelación y dispuestos para afrontar el rechazo de Israel y la persecución de un mundo extraño. El hecho de que la comunidad cristiana se reconozca en la figura de “la gente sencilla” y “los pequeños” atestigua que ha reconocido la inversión realizada por la revelación del Padre a través de Jesús. El mismo Hijo, que dice haberlo recibido todo del Padre (v. 22), es también uno de esos “sencillos” y se califica a sí mismo como “manso y humilde de corazón” (Mt 11, .

Dios Padre ha transmitido al Hijo, Jesús, un poder y un saber; y de esta manera el Hijo del hombre ha recibido también una misión de representante. En esta acción de



Carlos López Hernández

gracias de Jesús se revela que entre el Padre y el Hijo existe una relación interpersonal totalmente inédita. El Padre y el Hijo se conocen mutuamente con un conocimiento que está marcado por el afecto tanto como por la inteligencia. Cuanto más se conocen, más intentan introducir a los otros en el circuito de su conocimiento y afecto mutuos. Y el tercer polo de la relación no es aquí el Espíritu Santo, sino el grupo privilegiado de los “sencillos”, a quienes el Hijo ha revelado el conocimiento del Padre. Durante mucho tiempo la resistencia humana, es decir, el mal individual y el mal colectivo, hicieron imposible este conocimiento de Dios. En Jesús se ha hecho ahora posible.

Y esta posibilidad del conocimiento de Dios y de su Hijo es el motivo de la confianza de los discípulos para acercarse y seguir a Jesús, que les dice: “Venid a mí todos los que estáis cansados y agobiados, y yo os aliviaré. Tomad mi yugo sobre vosotros y aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y encontraréis descanso para vuestras almas. Porque mi yugo es suave y mi carga ligera” (Mt 11, 28-30). Los cansados y agobiados, a los que Jesús promete alivio y a los que invita a aprender a seguirle con un corazón manso y humilde, nos recuerdan a los “pobres en el espíritu”, “los mansos” y “los que lloran”, a los que Jesús declara bienaventurados. Podríamos ver una equivalencia entre la expresión “pobres en el espíritu” y los cansados y agobiados que han recibido la revelación del misterio de Jesús y de su Padre. Estos pueden encontrar descanso para sus almas porque tomen sobre sí el yugo de Jesús con un corazón manso y humilde. El conocimiento del misterio de Jesús y el seguimiento en la misión les han hecho capaces de comprender que el yugo de Jesús es suave y su carga ligera.

La versión de Lucas presenta en su parte final un texto literalmente muy distinto: “Dichosos los ojos que ven lo que veis. Porque os digo que muchos profetas y reyes quisieron ver lo que vosotros veis y no lo vieron, y oír lo que oís y no lo oyeron”(Lc 10, 23-24). Pero el contenido de esta declaración es muy semejante al de las expresiones de Mateo sobre el alivio y descanso del alma, que Jesús promete a sus discípulos.

El texto de la primera carta de Juan anuncia a los discípulos “a Jesucristo, el Justo. Él es víctima de propiciación por nuestros pecados, no sólo por los nuestros, sino también por los del mundo entero”. Para que Jesús, el Hijo, interceda por nosotros ante el Padre y su sangre nos limpie los pecados, es necesario que seamos sinceros y confesemos nuestros pecados. De lo contrario, dejamos por mentiroso a Dios y su palabra no está en nosotros.

El reconocimiento de los propios pecados y de su perdón por Jesucristo es parte esencial de las cosas reveladas a la gente sencilla como mensaje de alivio, descanso y consuelo para los corazones humildes que reconocen en sus pecados la causa principal de su agobio y cansancio.

Catalina de Siena destaca en la historia de la Iglesia como mujer fuerte y celosa, confiada apasionadamente en el inmenso amor de Dios a la humanidad, manifestado en



Carlos López Hernández

Cristo Jesús. Nace en Siena el 25 de marzo de 1347. Siendo muy joven se consagra a Dios con el voto de virginidad. Más tarde se une a un grupo de laicas dominicas que consagran en Siena su vida a la oración y a la actividad caritativa. Sus primeros tres años como dominica lleva una vida solitaria de oración. Tras este período de retiro, se entrega al apostolado en favor del prójimo. Muchas crónicas se refieren a su atenta dedicación a los pobres y los presos y a su solicitud por los enfermos. Con frecuencia actúa como conciliadora entre Estados en guerra. Anima al papa Gregorio XI (+1378) a abandonar Aviñón y volver a Roma, apoyándolo firmemente. Lo mismo ocurre con su sucesor Urbano VI (+ 1389). Cuando en 1378 es elegido un antipapa -Clemente VII (+ 1394)- dedica todas sus energías a la oración y a la actividad para que se resuelva el cisma interno de la Iglesia. Con este fin se traslada a Roma, donde muere el 29 de abril de 1380. Antes de expirar ofrece su vida por la Iglesia con estas palabras: “Oh Dios eterno, recibe el sacrificio de mi vida en este cuerpo místico de la santa Iglesia. No tengo otra cosa que dar sino lo que tú me has dado. Arráncame, pues, el corazón y exprímelo sobre el rostro de tu Esposa” (Carta 371). Fue canonizada en 1461 y Pablo VI la declaró doctora de la Iglesia en 1970. Juan Pablo II la declaró copatrona de Europa.

El Diálogo es la obra principal de Catalina de Siena. Se trata de un compendio de su enseñanza teológica y mística. Su carisma místico es la fuente de lúcido y profundo conocimiento teológico. Catalina de Siena pertenece a la gente sencilla a la que Dios ha querido revelar los misterios del reino de los cielos. Sus obras teológicas tratan del itinerario cristiano hacia Dios, desde sus primeros pasos hasta la última etapa de la unión transformadora. Durante toda su vida Catalina es destinataria de manifestaciones extraordinarias del amor de Dios: revelaciones, éxtasis, visiones, estigmas, unión mística. No obstante, al tiempo que recibe bendiciones y gracias especiales, insiste en que la comunión profunda con Dios se basa ante todo y esencialmente en la vida de fe, esperanza y caridad. Su experiencia de la unión transformante, que es don gratuito de Dios, es a la vez resultado de una entrega cada vez mayor de su voluntad. En “El diálogo” Jesús le dice: “Son otro yo, porque han perdido y anulado su propia voluntad, y se han revestido y unido y conformado con la mía. (D. 1).

Catalina de Siena es capaz de un profundo amor. Ella, que describe a Dios como “loco de amor” y como “embriagado de amor”, está a su vez “loca” y “embriagada” por su amor. En sus escritos explica que los seres humanos son capaces de amar precisamente por estar hechos a imagen de Dios. En EL diálogo Dios le dice: “Sin amor no podéis vivir, porque habéis sido hechos por mí por amor”.

Tratando de sondear el amor redentor de Dios, exclama: “ ¿Tienes necesidad de tus criaturas? Sí, me parece; que tienes modos de quien no pudiera vivir sin ellas”. En correspondencia, el amor de Catalina a Dios es el amor de una hija a un padre afectuoso o un amor entre amigos, y presenta la amistad con Dios como una relación de ternura amorosa, “porque el amor nos transforma en la cosa amada”. “Las cosas secretas se manifiestan al amigo, que se hace una misma cosa con su amigo”



Carlos López Hernández

Catalina se presenta como una mujer “urgida por grandísimo deseo” (D. 1). Deseo de Dios y de la salvación del mundo. Su anhelo de Dios es un ansia profunda de unión con el único que puede saciar completamente el corazón humano. Su ansia se debe al anhelo de aquel a quien aún no posee todavía completamente. Sólo en la vida eterna, en la visión de Dios, este anhelo superará por fin la inquietud y la posesión será sosegada (D. 41). Su deseo de Dios se expresa elocuentemente en las siguientes palabras: “Trinidad eterna, eres un mar profundo, en el que cuanto más busco más encuentro, y cuanto más encuentro más busco” (D. 167).

En su vida mística, Catalina centra su mirada fijamente y por encima de todo en Jesucristo crucificado, por el que siente un amor apasionado. Este es su núcleo central, así como la inspiración de toda su oración y su acción. Al proclamarla doctora de la Iglesia, Pablo VI la llama “mística del Verbo hecho carne, sobre todo de Jesús crucificado”. Cuando mira a Jesucristo, ve sobre todo el amor y la misericordia de Dios. Por este amor y esta misericordia, Jesús “corrió como enamorado” hacia su muerte. Por eso Catalina pudo decir que no fueron los clavos, sino “el amor el que lo sujetó en la cruz” (Carta 38).

En una ocasión, suplicándole a Dios que le diera un corazón nuevo, tiene una experiencia mística en la que Jesús le extrae el corazón del cuerpo y lo sustituye por el suyo. A partir de ese momento se siente en condiciones de amar a Dios y al prójimo con el mismo corazón de Cristo (Legenda Major II, VI, 179-180). En otra ocasión, rezando delante de un crucifijo tiene la experiencia de recibir los estigmas en su cuerpo. Este acontecimiento remite sobre todo a su intenso deseo de asociarse a Jesús en su padecer y en su sed de salvación del mundo entero.

Catalina experimenta la eucaristía y los sacramentos como zonas de solaz y descanso que Jesucristo ofrece a los viandantes para que no desfallezcan por el camino. El paso por estas zonas es tan agradable “que toda amargura se vuelve dulce y todo peso se vuelve ligero”. (D. 28)